



REVISTA FESTIVA

CARAS «BONITAS»

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE
Resignación.

GABINO PERAITA
El pregón de 'la bollera.

UN PEQUEÑO REPÓRTER
De la semana picaresca.

JOAQUÍN DICIENTA
Los bárbaros.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA
Por esos mundos de amor.

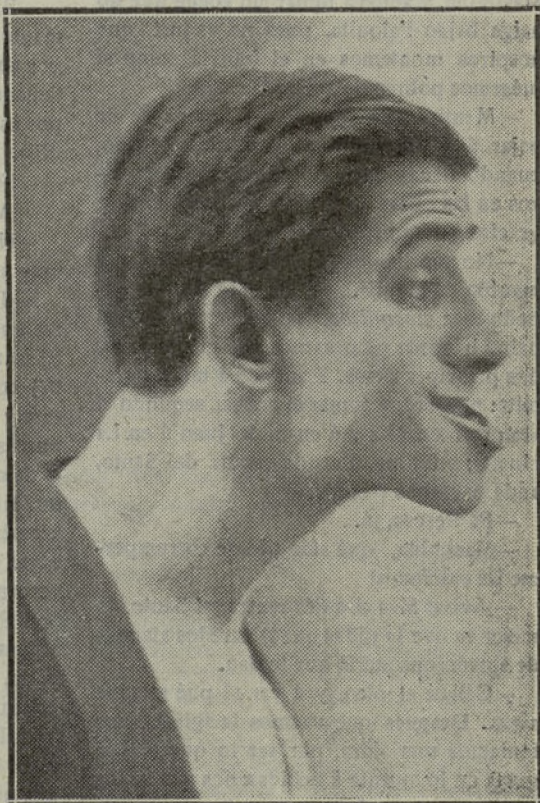
FÉLIX RECIO
'La sustitución'

LUIS DE OSSA
Nuestras cocotas.

ROGELIO PEREZ OLIVERA
¡Y los sueños!...

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO y
ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Generosa
San Martín, Joaquín Dicienta, Facó Gó-
mez-Hidalgo Mr. Maumejean y otros
dibujos.



MR. MAUMEJEAN

Del número *Les Sphinx*, que va á actuar en Roma.
Artista muy solicitado...

5 cénts.



LOS «FRESCOS» DE LA FLORIDA

—Ponte lo mejor que tengas en tu guardarropa, nincha, que hoy es San Antonio y sabes que quien no va á la Florida pa gozar de «la primera verbena que Dios envía» no es legal que se las eche de ser persona castiza. Conque saca los trapitos de cristianar, Masimina, y amos á tomar un coche que no haiga bajao l'alquila, pues no es justo que nosotros montemos en el tranvía como si fuésemos pobres de solemnidad.

—Mentira parece que tengas hoy ganas de bajar á la Bombilla pa divertite, Melecio, cuando llevas quince días sin dar azadonazos en las obras de la Villa y alimentándote gracias á mendis, por ser tan prima...

—No me hables de cosas tristes; coge el mantón de Manila... y á ver si te dan de empeño diez mosquitos, Masimina, con lo cual habrá bastante pa pasarnos allí el día como dos príncipes rusos. Y atiende á mi programita: primero, á tomar el coche; segundo, á almorzar en Niza, ú en cá de Juan ú en La Huerta; y último, á ver la capilla del Santo, ande hay unos frescos...

—Pa frescos, tú.

—Masimina, ¡qué afán tiés de corromperme las oraciones!

—¡Avisa! Mas si quíés rezarle al Santo, lo mejor es que le pidas que te cure los ataques de sinvergazonería que te dan.

—Cállate el pico, y á ver si pué ser que siga... Después que veamos la iglesia, nos tomamos uua sidra, por ser lo que más te gusta de lo tocante á bebidas; nos marcamos un chotise como las personas finas, por ser un baile tranquilo que se pué llevar sin prisas; merendamos unas...

—¡Magras!

—De jamón, con unas tintas; cenamos, á media noche; y aluego á comprar rosquillas, cacagües, mojama, churros, torraos y bocas de la Isla.

—Pa bocas, ya sé yo cuál.

—No lo dirás por la mía.

—¡Ni que te la hubi á hecho un frailel

—¿Te quíés callar, Masimina?

—Bien. Mas si pa tó eso cuentas con mi mantón de Manila, ya pués irte despidiendo por ahora de la Florida, pues está en el quitamanchas desde hace unos cuantos días, y por eso no he tenfo que darte á comer cordilla.

—¡P'al gatol

—¡Miául

—No me mayes de esa forma, Masimina, ¡que no estamos en Enero!

—¡Tamién tiés tú unas salidas! ¡Si te creerás que las gentes se alimentan de rositas!... El mantón está en el tinte (ú síase, en cá mi tía), como lo están mis pendientes, mi pulsera y mis sortijas, y mi alfombrado de ocho puntas, y un colchón, y tres camisas de hilo (7 de manguis), y el cuadro que me tocó en una rifa —¿te acuerdas?—cuando pusieron la kermés de la Latina... Lo más seguro es que vayas á la Villa; y, ya que no en «la primera verbena que Dios envía», pa San Juan ú pa San Pedro se cumplirá el programita que acabas de hacerme. Y ahora levántate de la piltra, y á trabajar, ¡que el trabajo ennoblece y diznifica!

—¡Tiés cosas de á perra gordal... ¿Trabajar yo en este día? Lo que hago es ir á mi madre, que aún tié cinco pesetillas pa servidor, ¡y me largo con ellas á la Florida!

Por los interlocutores,

Carlos Miranda

RESIGNACION

DURANTE las horas de parleta, en el recreo, las monjas de Santa Eduvigis platicaban con las novicias y educandas, bajo el toldo tupido del emparrado de la huerta.

Eran aquellas horas de tranquilidad, momentos también de enseñanza piadosa y devoto ejemplo con la relación de vidas de santos y hazañas de bienaventurados en lucha abierta contra las asechanzas del enemigo malo. El relato de las tentaciones era, por lo general, lo que más agradaba espiritualmente á las aprendizas de religiosas, la mayor parte de las cuales deseaba, con un ardor místico, naturalmente, que viniese á tentarlas el enemigo, por malo que fuera.

Sor Anastasia era la que unas veces con la lectura del Año Cristiano ó del Flos Sanctorum, y otras con la narración de cualquier anécdota que en aquel momento recordaba, edificaba á sus oyentes y templaba sus almas, preparándolas para la excelcitud de una vida superior consagrada á la práctica de las virtudes y al servicio de la divinidad.

Toda idea terrena, toda liviandad carnal, todo goce de los sentidos, habla de huir de aquellas jovencitas corderillas rescatadas de entre las garras del mundo lobo y recogidas en el redil de los pastores de Cristo. Suerte era, y grande, la de las venerables madres que así conseguían apartar toda idea de impureza de aquellas azucenas humanas.

Sor Anastasia refería esa tarde algunos episodios de la vida de Santa María Magdalena, Santa Pelagia, y Santa María Egipcíaca, y otras famosas penitentes, sin olvidar, para poner espanto en el ánimo de su auditorio, el relato de conversiones después acasadas, como la de Santa Margarita de Cortona, que al entrar en una iglesia y notar el mal olor que despedía un cadáver allí de cuerpo presente para los funerales, convirtiéndose al buen vivir en cuanto supo que el fétido difunto habla sido uno de sus múltiples amantes, cuando todavía no era cadáver y no oía tan mal. Bien es verdad que la narradora no contaba que la aprovechada señora cortonen-

se habla esperado á estar fondona y casi putrefacta ella también, para enterarse de que los amantes se morían y hedían además.

Agotando el tema de su conferencia, Sor Anastasia, contenta por ver que iba infundiendo en las muchachas un santo horror á los deleites de la carne, decíales cómo cierta santa de las que hablaba tuvo que rechazar en su retiro del yermo tantas acometidas del pecado á la limpieza de su sexo, como al

SANOS CONSEJOS



— ¡Julita, hija mía, no hagas caso de embriagadoras promesas, que todos son unos pèrfidos!

suyo el bendito San Antonio Abad.

Hallábase la santa en la gruta que habla elegido como domicilio, satisfecha y feliz por no tener que pagar al casero, ni habérselas con el impuesto de inquilinato, porque estas eran las ventajas que proporcionaba el avcincarse en la Tebaida. Pero el pícaro del demonio, que habla hecho cuestión de gabinete, ó de alcoba si se quiere, el derribar tan sólido edificio, como era la virtud de la bienaventurada, no dejaba de molestarla, apareciéndose á ella bajo todas formas y apariencias.

Unas veces era un culebrón formidable, otras en forma de fieras diferentes. En fin, el

mismo sistema que el diablo, que debe ser un pobre diablo, ha empleado siempre para aparecerse á los bienaventurados de sus besos, sin que parezca verosímil que, molestandoles tan tontamente, consiguiera hacer en ellos ninguna propaganda á su favor.

Pero en algunas ocasiones conseguía acertar con el verdadero sistema, aunque la virtud de los acometidos, ó si se quiere su falta de gusto, hiciera fracasar aquellas em-



—¡Vamos, que estar en un hotel con tanto hombre y ser todavía doncella!

presas. Tales razas eran cuando se le aparecía á San Antonio, á San Pablo y otras ermitas en figura de real moza, con un movimiento rítmico y acompasado de caderas y de ojos, que realmente no se sabe la desesperación de los solitarios después de dejarlas marchar, y son de suponer los golpes que se daban en la cabeza, cuando al llegar la noche recordaran la visita de por la tarde.

Y á las santas penitentes el demonio tenía en cambio el buen acuerdo de presentarse en forma de cumplido caballero, al cual no le faltaba más que estar vestido para ser un correctísimo señor. A la santa de que hablaba Sor Anastasia aquella tarde, habíasele aparecido un mozo fornido y robustísimo,

de gigantesca traza, quien tras de cortejarla con toda la suavidad de que era capaz, que no era mucha, acabó por querer acudir á la violencia y apoderarse de la santa.

—¿Y qué pasó?—preguntó entonces la hermana Margarita, una novicia modelo.

—¡Qué había de pasar!—respondió Sor Anastasia—que el demonio fué confundido, y acabó por huir, ante la fiera de la santa.

—Pues yo creo que la santa hizo mal.

—¡Chiquillal!

—Yo, en su lugar...

—¿Qué hubieras hecho?

—Considerar que era una prueba que la Providencia me enviaba para sufrir, y hubiera recibido con resignación los ultrajes del enemigo.

Pedro de Répide

EL PREGON DE LA BOLLERA

CANTABLE DE UNA OBRA INÉDITA

La bollera,
que tengo el bollito
dulce y calentito
para el que lo quiera.

*

Como éste que yo te ofrezco
no encuentras bollo ninguno;
en invierno y en verano
es el mejor desayuno.
Para tomar chocolate
no hay nada más exquisito;
para mojarlo en la leche
es superior mi bollito;
si prefieres en café...
mojalé, mojalé, mojalé.

*

Tiene canela y vainilla
y un aroma delicioso;
tiene azúcar abundante,
sin estar empalagoso.
Para mojarlo en licores
es lo mejor mi bollito,
pues al mojarlo se pone
en seguida esponjadito.
Y si te gusta en el té...
mojalé, mojalé, mojalé.

*

La bollera,
que tengo el bollito
dulce y calentito
para el que lo quiera.

Gabino Peraita

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

HIMNO AL VERANO

HUES señor, no hay duda; esta nos en plena perturbación. Perturbación política, perturbación artística, perturbación atmosférica. Esto es un manicomio suelto.

Los políticos andan completamente mochales, según tendrán ustedes ocasión de observar, si tienen el vicio de la Cosa pública, que es una de las cosas que más se manosean en este país. Al decir de los enemigos del Gobierno, en pleno Parlamento se acaba de cometer uno de los más escandalosos delitos: se ha cometido una violación. ¡Los padres de la Patria, tan graves y tan sesados, metidos á violadores!

Pase que, como particulares, hagan lo que buenamente puedan, por más que eso siempre es peligroso, pero en el propio Palacio de la Representación Nacional, á la vista de todo el mundo, con luz y taquígrafos, con divanes mullidos y alfombras tan mullidas como los divanes, me parece un poco fuerte.

La víctima de este acto de sadismo político ha sido la inmunidad parlamentaria, que por lo visto era una tierna menor, aunque algunos cándidos se habían hecho la ilusión de que estaba ya robustecida y plétórica como una respetable matrona y, por consiguiente, que resultaría dura de pelar, y el que se atreviese con ella, necesitaría muchos riñones.

Ha bastado, no obstante, que Maura se sienta farruco para que la violación se haya consumido con toda facilidad. Por no necesitar, ni la vaselina de La Cierva; como Pedro por su casa.

La perturbación artística no es menor. Los pintores andan indignados y los escultores furiosos por si el Jurado de la Exposición de Bellas Artes ha sido más ó menos justo en la adjudicación de premios. Hay artista melnudo que se considera deshonrado para toda la vida, porque á su desnudo no le han dado una primera medalla. Uno de ellos me decía ayer:

—¿Usted ha visto mi «Bacante saliendo del baño»? ¿Se ha fijado usted qué delicia de líneas, qué morbidez, qué plasticidad?, ¿Si parece que se está moviendo aquella carne!

Le advierto á usted que la modelo de que me he servido, á pesar de hacer de bacante, no lo ha estado más que algunos ratos para

que yo la modelase, y lo del baño también es una fantasía, porque no tiene ni tiempo para enterarse de que existen en el mundo. Estas dificultades para la ejecución avaloran el mérito artístico de la obra, ¿no es eso? Pues bien; los del Jurado no me han dado ni un diploma. ¿Le parece á usted bien que



—¡Ves, golpe! Se te ha hinchado la frontecita del golpe que te diste ayer.

—¡Anda, pues entonces vaya un golpe que te han dado á tí!

esos señores le corten á uno la cabeza, dejándole sin nada?

—¡Claro! Si le cortan la cabeza, es natural que le dejen sin nada.

Pero donde la perturbación rebasa ya los límites es en las regiones atmosféricas. Estamos á mediados de Junio, y el tiempo sigue estando más fresco que una cupletista en la sección cuarta. Si seguimos así habrá que volver al gabán de invierno, dado caso de que no le tengamos empeñado.

Declaro solemnemente que odio el frío por varias razones: una de ellas, porque no



—¡Insolente! ¡Cuidado que es usted fresco!

—¡Pues anda, que usted!! ¡

se puede admirar al sexo bello con todo el detalle que en verano. En invierno van blindadas de ropa y toma uno por morbideces naturales lo que no son otra cosa que productos de una fábrica de tejidos de Tarrasa. En cambio, cuando hace calor, la indumentaria veraniega permite darse cuenta de la realidad, sin temor á grandes equivocaciones. Y, además, como ellas están en el secreto, procuran las pobrecitas que no hagamos grandes esfuerzos ni de imaginación ni de vista, salvo, como es lógico, en casos en que las propias interesadas consideran preferible guardar el incógnito. Claro es que hay muchas de las que se sienten «expositoras» que debieran darse cuenta de la realidad y mantener el secreto de sus intimidades; pero es preciso tener en cuenta la debilidad humana, y además de la debilidad, el temperamento más ó menos fogoso del individuo, y en este caso de la individual.

Porque hay quien en plena canícula no reacciona, aunque el termómetro marque cuarenta grados á la sombra, y viceversa, quien está caliente en todo tiempo, así se le hinchen las narices á un rey de piedra de la plaza de Oriente.

Por eso me molesta que el tiempo no acabe de formalizarse y entremos en la época del ambiente tibio tirando á caliginoso.

Y casi estoy por decir que lo mismo les pasa á la mayoría de mis lectoras que, si son sinceras, declararán también, como yo, que prefieren lo cálido á lo frío.

En verano se expansiona más el ánimo, se chiclea más á las mujeres. ¿No nos da ejemplo la propia Naturaleza, haciendo que en la estación del calor aumenten los frutos y se desarrolle todo lo que tiene que desarrollarse?

¿Quién no ha soñado en un paraíso lleno de Evas y de Adans? Pues esto sería imposible si hiciese frío. ¡Menuda tiritera les entraría!

Innegablemente debió ser en verano cuando nuestros primitivos padres vinieron al mundo, y por eso, buscando, sin duda, un refrescante el primer hombre, le metió el diente á la manzana.

En invierno no se lo hubiese podido meter.

Un pequeño repórter



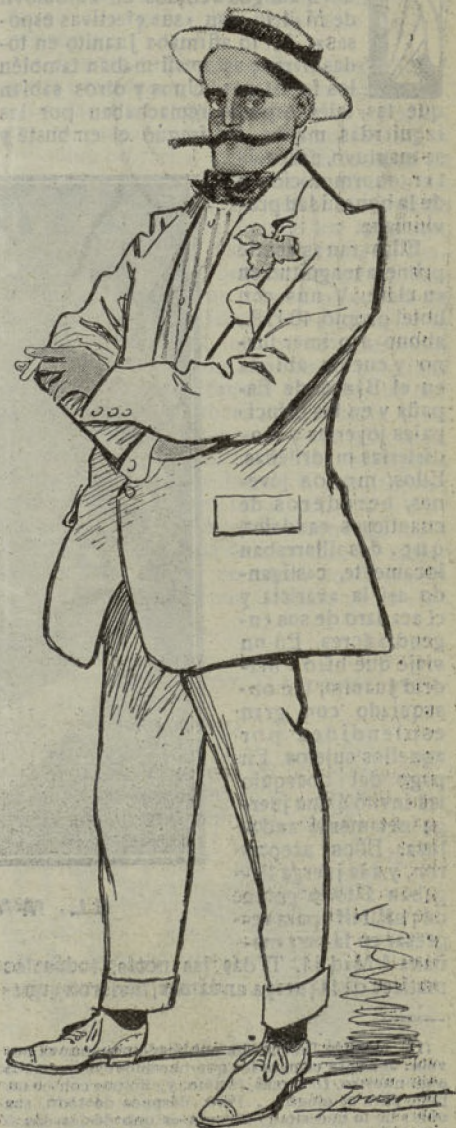
El.—Una mujer como usted tiene siempre derecho... á todo!

Ella (aparte).—¡A buena hora!

PACO GÓMEZ-HIDALGO

(«Visto» por la celebrada revista «Variedades» en su número del domingo.)

Este «chico apuesto», de recios bigotes,
que en gentil postura dibujó Tovar,
es un buen muchacho y un gran periodista,
un «terrible Pérez», un hombre juncal,
que igual las cautiva con sonrisas Górriz
que con un artículo gracioso ó mordaz.
Él es alma y vida de LA HOJA DE PARRA;
él se «mete» á cura .. y va á confesar
lo mismo á una tiple del género chico
que á algún coetudo de gran calidad.
Siempre nos sorprende con una «amiguita»
que sale en LA HOJA con un antifaz,
y lleva al pie un chiste, picaresco siempre,
que á veces le arruga la cara al fiscal;
pero él se sonríe y sigue su senda
y escribe en LA HOJA cada día más,
y se halla dispuesto á hacer nuevos chistes
al pie de «amiguitas» con un antifaz.



LOS BARBAROS⁽¹⁾

JUANITO dispuso la fiesta en honor de unos amigos venidos en automóvil de Madrid, con «sus efectivas esposas». Así lo afirmaba Juanito en todas partes; así lo afirmaban también los forasteros. Unos y otros sabían que las tales esposas remachaban por las izquierdas manos. Se fraguó el embuste y se mantuvo, para evitar murmuraciones de la honestidad provinciana.

Ellas eran astros de primera magnitud en su clase, Venus con hotel propio, 40 HP., abono á primer turno y cuenta abierta en el Banco de España y en las principales joyerías y modisterías madrileñas. Ellos, mozos jóvenes, herederos de cuantiosos caudales, que desfilaban locamente, castigando así la avaricia y el acaparo de sus engendradores. En un viaje que hizo á Madrid Juanito, fué obsequiado con gran esplendor por aquellos sujetos. En pago del obsequio les invitó á una juerga netamente andaluza. Ellos aceptaron, y á la juerga llegaban á todo golpe de paff, tuff; para regresar en la otra mañana á Madrid. Todas las notas, todos los matices de la juerga andaluza, tuvieron aque-

lla tarde bajo el emparrado lucida representación.

Subieron al aire, en competencia, malagueñas, levantinas y soleares; seguidillas gitanas y polos y cañas y tientos.

Rasguearon las «sonantas» falsetas celosas, arpegios lascivos, trinos dolientes como la agonía de un amor. Dibujaron los bailarines

sobre el piso la sevillana retozona, el zapateado juncal, las alegrías repiqueras, el tango lascivo. Todo fué pasando ante ojos y oídos de los absortos forasteros; todo se ofreció á ellos entre cañas de Manzanilla, rondas montillanas, medias copas de Cazalla y de Rute y «chatos», tras cuya muselina esplendía el Jerez.

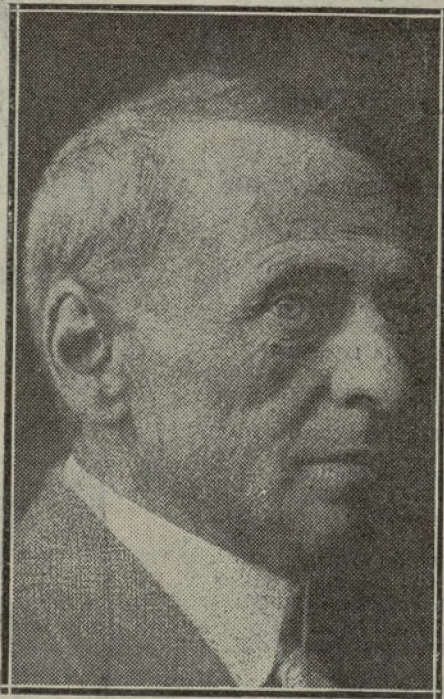
Á las rondas de vino, á los cantares y á la música, acompañaban el recio y acompasado palmeteo de los jaleadores, los agudos joleses y las chistosas ó amantes frases que, impregnadas en los vahos excitadores del alcohol, desgarraban la atmósfera.

Entonces fué cuando Juanito, que no quitaba ojos de Irene, y la había hecho apurar con solicitudes corteses algunos

chatos de Jerez, avanzó cordobés en diestra hacia la serrana, é inclinándose ante ella, dijo:

—Ahora toca á usted, gloria y orgullo de mi tierra, dejarnos beber en esa garganta de ambrosía, una copla de las que allá, cerquita de las nieves, entona para delicia de serranos y envía de toitos los ruiseñores. Ahí va este vaso para que se enjuague la boca, y venga Dios por ella.

Preludió la guitarra, é Irene, luego de un tanteo quejumbroso, doliente, que arrancó



EL MAESTRO

(1) Joaquín Dicenta ha publicado una nueva novela. Joaquín es para los que hacemos este papellito algo nuestro, fraternal, íntimo, y ello nos cohíbe un poco para el elogio... Pero, después de todo, sus obras no lo necesitan. Dicenta es uno de los dos ó tres literatos españoles—de ningún modo más de tres—cuyo nombre de maestro, cien veces insigne, lo vale todo, y todo—atención y aplausos y dinero—se lleva tras de sí.

De la realidad y la hermosura de *Los bárbaros*, da idea el fragmento que publicamos



—Lo que mi acuerdo de tí cuando tocan á diana.

—¿Por qué, picho?

—¡Por lo duro que está el petate!

gritos de entusiasmo, dió al aire, con gracia y soltura, este cantar:

*Amor tengo metto
drento der pecho;
me doña, y arrojarle
de mí no pueo.
De mí no pueo,
manque me mata.
Me ha jincao las raises
en las entraña.*

Un turbión de aplausos, olés y vivas acogió el final de esta copla y el de las que siguieron. La muchacha, envanecida con el éxito, ergula el busto sobre el ancho sillón, entornando los negros ojos, entreabriendo los encendidos labios, dejando á su pecho ir y venir entre oscilaciones del mantón de talle, y temblores de la cruce-illa áurea, que relucía como un ascua sobre la morena piel del descote. Las dos «casadas» madrileñas asentaron junto á la joven, colmándola de

elogios, haciéndola beber una y otra copa. Juanito murmuraba al oído de la serrana frases que la hacían enrojecer de vergüenza y de orgullo.

Ya en los postres, se alzó de la silla, riendo á carcajadas. Un sí es no es vacilante, se dirigió á los guitarristas, y les dijo con imperiosa voz:

—A nigos, tóquense ustés un tanguito. ¡A ver si entendemos de eso las serranas!

La danza lúbrica empezó entre rufianescos rasgueos y cimbreos lánguidos de la bailadora borracha. Está, subida encima de una mesa, avanzaba por ella arrastrando los pies, echando la cintura adelante, dejando caer la cabeza sobre uno de los hombros, altos los brazos, los dedos haciendo de «pallillos». Así dió la vuelta al tablero, preludiando el beso con un frunce pícaro de su boca. Al llegar la falseta, el cuerpo de la hembra retempló; su duro pecho, remarcado por el encorvamiento del busto, palpitaba contra el corpiño, libre del mantón que por la cintura caía; la cabeza pendía hacia atrás, descubriendo los primores de la garganta, los titilantes ventanillos de la respingona nariz, los blancos de los ojos, dibujándose como dos perlas entre las pestañas. Los brazos se doblaban en arco; el vientre giraba y regiraba con espasmos de cópula... La mujer se daba toda entera, en pleno rendimiento de su pudor, en ofrenda báquica de su virginidad.



—Y decían que iban á venir á mejorar la merienda...

—Si no traamos nosotras algo...

—Como que acabiremos por ¡juntar lo nuestro y no esperarles.

Los comensales, enardecidos por el baile y la música, iban dejando á un lado las hipocresías y entregándose á prefacios eróticos, cuando la serrana avanzó hasta el reborde de la mesa con los brazos tendidos. En los suyos la recogió Juanito. Con la joven apretada á su cuerpo se perdió entre la turba, hacia el interior de la casa; con ella arribó al gabinete de orientales cojines, que en el crepúsculo se tendían como lechos sobre la alfombra.

Y fué allí, borracha, inconsciente, en ple-

INOCENTADAS



Ella.—Tú te conformas con poco; tu hermano quería besarme en el cielo de la boca.

no embotamiento de su alma, en total vibración de su carne, como la moza se entregó, como fué poseída por el hombre que en la prisa de hacerla suya desgarró el corpiño de terciopelo y aplastó con sus dedos la crucecilla de oro.

—Ya no te irás de aquí—dijo á Irene Juanito cuando punteaba el sol en los vidrios.— ¡Para mí, y para siempre te quiero yo, serrana de los piquitos de la nieve!

Joaquín Dicenta.

POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

RAJMA, LA DE LOS BESOS

—Cristiano: Me has de dar en esta frente, que sólo piensa en tí porque te ama, un beso que parezca enteramente como si me acercases una llama.

En mis ojos tu boca has de poner cuando de amor los mirens entornarse, porque quiero exponerlos á correr el delicioso riesgo de abrasarse.

Y tus labios también han de besar en el negro dosel de mis cabellos, y candentes los tienes que posar como si fueran amorosos sellos.

A la rosa de grana de mi boca anudarás las cintas de tus labios, pues la domina una impaciencia loca por saber lo que son tus besos sabios.

De mi garganta has de besar en torno, describiendo ceñidas espirales, pues al quemarme tu hálito de horno me marcarás hilitos de corales.

Las diminutas encendidas rosas de mis venas anhelan ya sentir la presión de las pinzas ardorosas que tus labios le deben de fingir.

En la cintura un cingulo de amor de tus besos la trama ha de ponerme, sin suspender la artística labor, aunque me veas febril estremecerme.

Y nada más... Escúchame, cristiano: Quiero brindarte un ideal reposo. Si bajas de las cumbres hasta el llano... ¡lo hallarás en oasis deleitosos!

—Bien. Te obedeceré. Mas dime ahora: ¿Por qué ese afán de que te bese tienes?

—¡Para que por besar tanto á una mora te castigue tu Dios y... y te condene!

Joaquín Alcaide de Zafra

Tánger.

LA SUSTITUCION

Mi veterano amigo Cándido López ha pasado la primavera y lo que va de Junio en las posesiones que sus primos los duques de X. tienen en tierras de Toledo. La finca es magnífica, abundante la caza y el aire, y el agua excelente.

Entre la aristocrática colonia allí reunida estaban Eulalia A., viuda de un olvidado general: una mujer de treinta y cinco años, alta y solemne, envuelta en carnes rollizas y blancas, majestuosa con inmovilidad ardiente que pondría impaciencias mortales en el hombre de más dormidos apetitos; y mademoiselle Elisabeth, una institutriz parisina, flaca y lamituada, con los cabellos rojos y la tez pecosa, y sin otro hechizo que sus ojos inmersos, verdes, constelados de puntitos grises.

Como suele ocurrir, Cándido López se enamoró de Eulalia, y Mlle. Elisabeth se prendó de Cándido. Es la historia eterna; en este loco mundo, todos los humanos afectos andan así.

Mientras mi amigo apretaba más y más el cerco que su ociosidad había puesto á la hermosa viuda, los ojos terribles de la institutriz le acompañaban y perseguían por todas partes. Cándido los sentía en la mesa, posados sobre su frente obstinadamente, acariciándole, quemándole, inspirándole deseos rabiosos de levantar los párpados para mirar á su vez á la tentadora que con tanto tesón y ardimiento le provocaba.

Al fin sucedió, y ello había de suceder, porque ya sabemos que las mujeres son el brazo derecho de la fatalidad, que Cándido llegó á enamorarse de los ojos de la francesa, de tal suerte que hubiéndose querido arrancarlos de aquel rostro en juto y exangüe, para ponerlos bajo las bien arqueadas cejas de la hermosa viuda.

¡Pero, Señor! ¿Qué trabajo te costaría dejar á las mujeres tan bien concluidas que nadie hiciese en las del prójimo perfecciones y hechizos que la suya no tuviese?...

Sigamos adelante.

X. había sabido ensalzar su pasión con tal sinceridad y tan irresistible accipio de ladinos y certeros argumentos, que Eulalia hubo de acordarle una cita en su mismo cuarto, á las doce de la noche del día siguiente.

Era un jueves. Por la tarde, Cándido se paseaba por el jardín distraído su impaciencia, alistando á cada momento en su

reloj el curso cachazudo de las horas. Mademoiselle Elisabeth se le acercaba; al llegar cerca de él detúvose un instante, un segundo apenas.

—Le espero á usted esta noche—murmuró—en mi dormitorio; á las doce en punto.



El. — A la vuelta puedes aprovechar un tranvía.

Ella. — Descuida, que me vendré con el último.

Mi amigo no supo qué contestar; la sorpresa se lo impidió. La institutriz repitió, alejándose:

—A las doce en punto.

Habla hablado sin temer, gravemente, con la autoridad tranquila de lo inevitable, mientras sus pupilas verdes ardían.

Preso entre las voluptuosas asechanzas de aquellas dos seducciones enemigas, el pobre Cándido pasó cuatro ó cinco horas horribles. Por fin, á las doce menos un minuto de

la noche, se decidió: acudirle á la cita de Eulalia. Salió de su cuarto á obscuras y descalzo, deslizándose á lo largo de un pasillo anegado en las tinieblas de una noche sin luna.

De pronto, unos brazos femeninos, de gajos, escuálidos, enlazándole, le detuvieron.

Fué un momento grato, memorable, jamás sentido.

Y... ¡no vió á Eulalia!

¿Qué misterio había en todo aquello? ¿De

EL CUELLO



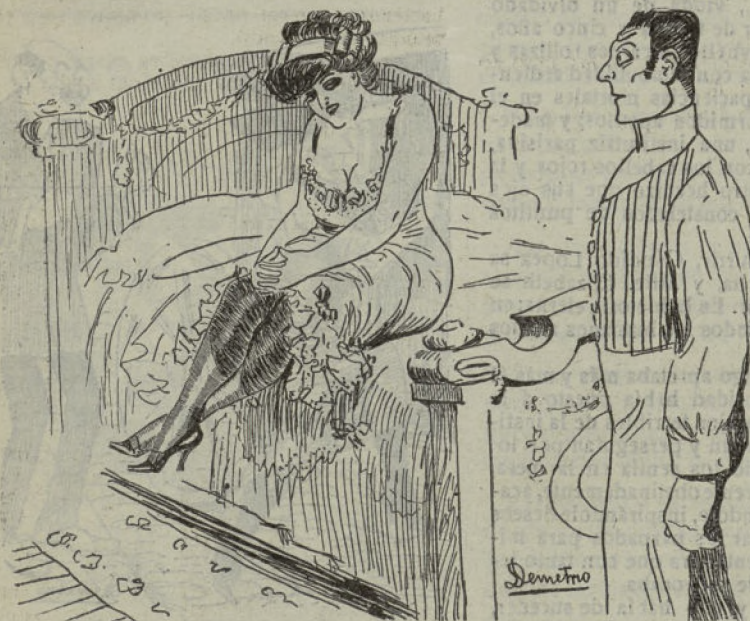
ENCANTADORA parte del cuerpo femenino cuya blancura y gallardía constituye uno de sus grandes atractivos.

Según los inteligentes en la materia, el cuello perfecto debe tener la longitud de dos veces la nariz y la circunferencia de dos puños.

Esta regla no es infalible, pues la belleza de un cuello puede consistir muchas veces en que sea alto y delgado ó grueso y corto.

Como los gustos son infinitos, los cuellos hermosos, ó por lo menos lindos, deben ser infinitos también.

El cuello tenía de entre los antiguos romanos la



—Toribio, si viene mi prima le dice usted que estoy indispueta.

—¿Y si viene el primo de la señorita?

—Le dice usted que estoy dispuesta.

qué maquinación fantástica había sido víctima?

Al día siguiente, en el comedor, la hermosa viudad halló ocasión de decirle:

—Regreso esta tarde.

—Pero...—baluceó Cándido López, buscando inútilmente en su imaginación la disculpa.

Ella le ininterrumpió.

—Todo es inútil. Nunca hemos estado tan separados como ahora.

Félix Recto

importancia de una prueba decisiva en favor ó en contra de la virginidad de una doncella.

El día antes del matrimonio medían cuidadosamente el cuello de la novia con una cinta, y al siguiente, después de la noche de boda, repetían la operación.

Si el cuello de la doncella se había ensanchado, teníase por seguro que llegó virgen al tálamo nupcial. Si no...

NUESTRAS COCOTAS

GENEROSA SAN MARTÍN

GENEROSA se llama, y á fe que si de algo poca es de generosa. Jamás negó nada á nadie, y ocasión hubo en que para socorrer á un pobre poeta que se moría de hambre, viendo que toda la vecindad daba algo y como ella no tuviera nada, le ofreció su amor, como una hetaria de la Grecia clásica.

¡Pobre Generosa!

Es digna descendiente de Mimi, pero no tan espiritual como Mimi.

Ha nacido para apagar la sed de amores de los pobres, de los humildes, de los que, por carecer de todo, carecen hasta de talento.

Es muy formalita, muy mujer de su casa, y si ha ingresado en el gremio de las *cottizables*, no ha sido ni por vicio ni por cálculo.

Podéis afirmar, del modo más rotundo, que Generosa prefiere comer dos reles de boquerones y beber una botella de eso que llaman vino los taberneros, en su cuartito, mano á mano con un muchacho formal, al regalo de un billete de cien pesetas. ¿Es raro, verdad?

Generosa vino á la pendiente ni más ni menos que como la mayor parte de las mujeres; porque sí, casi sin darse cuenta.

En casa de su madre tenfan de huésped á un

señorito de provincias, que estudiaba Farmacia en Madrid.

Los chicos, insensiblemente, fueron tomándose confianzas, hasta que llegó un momento, la muerte de la madre de Generosa y los ofrecimientos del estudiante, la empujaron á una unión sin formulismos administrativos ni religiosos.

Después el muchacho tuvo que volver á su provincia, y los amantes se separaron haciéndose un sin fin de promesas que el tiempo fué borrando.

Como es muy raro que Eva olvide jamás el sabor de la manzana, Generosa siguió dejándose querer.

Su fama de juiciosa y buenecita la han preservado de amistades peligrosas, y en su trono se van sentando los reyes de su cariño pacíficamente.

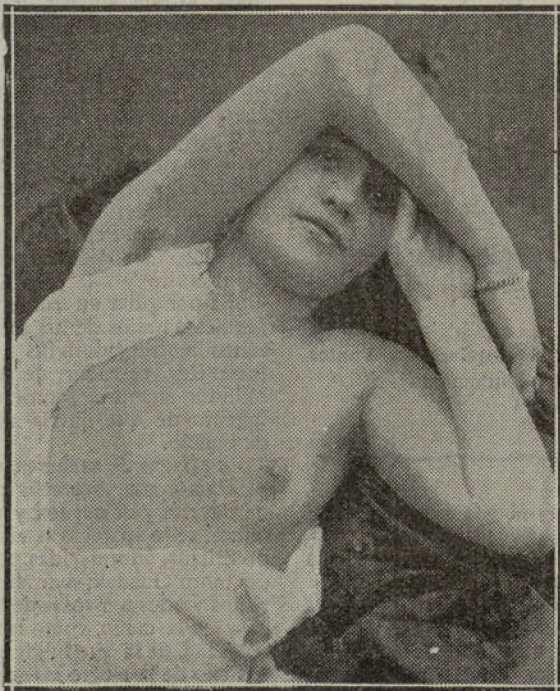
Es la muchacha del barrio, de la que no se cuentan escándalos, pero de la que se habla en voz baja.

Hay que hacerla el amor sin ofender sus sentimientos delicados.

A Generosa la indigna un ofrecimiento de dinero; pero agradece un regalo, un discreto auxilio en momento apurado.

Hablar con Generosa es quedarse amigo de ella toda la vida, porque es un formal, su seriedad no está reñida con la broma y los chistes.

Si queréis hacerla feliz llevadla á los cines. Allí, viendo películas truculentas ó las *toliladas* de



GENEROSA SAN MARTÍN

(Fot. Enríquet.)

Tontolini, se queda absorta, y maldito si se ocupa de vuestra dactilografía.

También se suele escandalizar del lujo de las grandes cocotas, á las que desprecia porque son egoístas y agostan muchas ilusiones y no pocas fortunas.

Ya ven, sicalfpticos lectores de LA HOJA



—A tí te parecerá lo que quieras; pero antes de un año me ves ea un automóvil.

—¡Será de *chauffera*!

DE PARRA, como hay Magdalenas antes del arrepentimiento, que tienen un hermoso corazón y una moral.—¡Sí, una Moral, viejos hipócritas, muy sana!

Generosa es la linda madrileña que cruza por delante de nuestros ojos cimbreando el talle y taconeando menudito; la que va al Retiro por la mañana, la que trabaja en su obrador once horas y al salir compra, poniéndose colorada, LA HOJA DE PARRA; la que endulza las amarguras de tantos hombres que sólo tienen como compensación el

amor extralegal, porque para el otro hace falta una casa y más dinero...

¡Bendita seas, Generosa, y perdónanos que te pongamos en esta galería cuando debías figurar en una de santas!

Luis de Ossa.

¡Y LOS SUEÑOS!...

SU cuerpo esbelto, sensual, de líneas purísimas y admirable gentileza, reposaba señoril sobre la blanda *chaise-longue* de la alcoba lujosa.

Cualquiera al verla tan quieta la supondría dormida. Sus ojos claros, serenos, dignos de un madrigal de Cetina, miraba á un punto imaginario del espacio. ¡Y miraban fijos, inmóviles, extáticos!...

Adelita se abismaba en un mundo de ideas. Miraba sin ver. Pensaba. Su memoria iba presentándole sucesivamente las imágenes vivas de sucesos, de cosas y personas. ¡Toda una historia galante! ¡Pequeña historia de una vida que germinaba todavía en las rosas de sus años primaverales!

Y surgió ante su pensamiento radiante de luz y de alegría, de vino dorado, esplendores de sol y orgía, de colores y perfumes, su breve vida sevillana.

Recordó á Pepe Márquez, bajo, rubio, fuerte, decididor, dicharachero, gran aficionado al mosto y á la juerga, y hombre que se moría por guiar un *tronco* y tender sobre los inquietos lomos de los puros caballos jerezanos la hostigadora fusta restallante. A Alfonso Rey, ceceador, de palabra jeroglífica, bullidor siempre, inquieto siempre, sin el ingenio de que quería alardear, con gracia de pueblo.

En ráfagas de azahares, con música de coplas amorosas, borracha de luz y agobiada de claveles y de nardos, y de rosas y de jazmines, se le apareció la visión de sus tardes de Eritaña, adornecidas por los murmullos del moro Guadaluquivir, sustituidos los pampanos verdes por rosas de té, erguida la figura y en la mano, como trofeo, la recia *caña* sevillana, de la que fulgía purísimo el áureo destello de la alegre manzanilla...

¡Luego!... Luego su conocimiento con Pepe Viñas; sus amores. Lujo, joyas, coches, dinero; pesadillas y envidias y celos y murmuraciones de las tristes muchachitas pro-

vincianas. La operación más tarde y después, París. París inquieto y alegre; París elegante y pervertido, con carcajadas de cocotas y asaltos de *apaches*; con sus grandes teatros y sus grandes bulevares y su rumor exclusivo, característico, inconfundible... ¡Y el *Moulin Rouge!*... ¡Y el champagne! ¡El champagne de París, champagne loco que se inquieta burbujeador mientras las bocas lo toman entre besos de la fina copa tintineante!... Y después de un lapso de tiempo la ruptura con Pepe Viñas y el retorno a Madrid, espléndida de hermosura, subyugadora, radiante.

Aquella tarde, en el Salón Madrid, había visto a Aurelio Olivares. Sus manos se estrecharon afables. Sus ojos se hablan encontrado retadores. Ella le dijo:

—¡Ya no nos vemos hace tiempo! Está usted bien grueso, fuerte... ¡hasta guapol!

Y él, mientras, reía:

—¡Por Dios, Adelita! Usted sí que está hermosa, soberana, linda...

Y la envolvían sus ojos varoniles y ansiosos en una mirada tierna y acariciadora.

La plata de un rayo de luna besó sus labios rojos, sangrientos y se irisó en los dientes ebúrneos, arrancándoles cambiantes de nácar. Era muy tarde. ¡Cuánto tiempo había estado allí! ¡Ni lo sabía!

Se levantó para desnudarse. Frente a la luna de un armario riquísimo contemplaba gozosa el caudal de sus encantos. Quitóse lentamente la *deshabillé*. Por los calados entredoses de sus faldas se veía la pierna mórbida y nerviosa, ajustada por la presión lasciva de una media transparente. Se soltó la *chambra* ceñida y en la cascada de sutes encajes' asomaron su opulencia los rosados senos tembladores. La camisa transparentaba un torso de curvas voluptuosas y la piel fina y tersa, blanquísima, parecía otro rayo de luna. Se extasió un momento mirándose. Las manos principescas palparon los pechos erguidos y sensuales y fueron á cruzarse abandonadas detrás de la nuca graciosa. Los ojos claros, serenos, de un mirar intenso y hondo, se entornaron un poco, velando con los párpados somnolientos su rebrillar de lujuria. Un suspiro largo, ardiente, se escapó de sus carnosos labios bermejos.

El recuerdo evocaba las palabras de Aurelio:

—Está usted hermosa, linda.
¡Y era verdad! Se acostó.
El sueño, que al principio huyó despiadado de sus ojos de hada, acabó por rendirla y



—Si viese usted, Charito, qué barbaridad tan grande he soñado esta noche.

—Cuéntemela usted, duque, aunque me ruborice.

—¡Cá! Si no se puede explicar más que gráficamente.

soñó. Soñó que los brazos nerviosos y fuertes de Aurelio la ceñían acariciadores y ansiosos; que los labios avarientos de aquél hablan apagado su fuego en la piel sedosa y fresca, enzarzando en su cuerpo divino el tesoro de sus besos ardientes; que el ara sagrada del bendito altar de Amor se había enriquecido con las ofrendas de aquella noche inolvidable...

¡Una, dos, tres, cinco!... ¡Estaba rendida, feliz!

Una sonrisa luminosa alumbraba la divinal

EN BREVE APARECERA

La publicación más barata de España

Editada por la Empresa de La Hoja de Parra, que hace las cosas bien.

dad de su cara cuando el sol bajó á robar de sus ojos la riqueza de su luz.

La holandesa de las sábanas descubría indiscreta la redondez de su garganta de reina y la morbidez purísima de sus hombros. También los pechos opulentos y fuertes asomaban vencedores sobre la albura del embozo.

Adelita suspiraba entrecortadamente, palpitante, la nariz dilatada, contraídos los mágicos labios que se ñaban con sentir sobre ellos una tempestad de deseos con la música de un beso de amor.

De pronto, alargó los brazos para estrechar en ellos á la quimérica persona. Buscó en balde. Despertó. Sentada en el lecho dejó vagar la mirada por la amplia alcoba lujosa.

Se dió cuenta de todo y suspiró desilusionada. ¡Una ráfaga de contrariedad pasó por los ojos claros, serenos, dulces, luminosos, dignos de un madrigal de Cetinal...

Rogelio Pérez Olivares.



La corrida de "La Tribuna,"

Nuestros amigos de *La Tribuna*, el gran diario de la noche, que con este preplito nuestro ha sido el único periódico que el público sancionó y afianzó con su simpatía y su dinero en los últimos años, nos dió días pasados una buena tarde...

Su corrida resultó estupenda, como corresponde á quien sabe hacer las cosas bien. Hasta salieron de ella dos toreros: Gabardi-

to y Agujetas, tan bravo y tan simpático como su padre, el veterano y siempre grande y admirado picador...

El director de *La Tribuna*, nuestro ilustrado amigo Cánovas Cervantes, y su inteligentísimo crítico taurino «Don Pío», estarán satisfechos: su esfuerzo dió cuanto podían pedir... A ambos—sobre todo á Cánovas, que en fis co le lleva «la cabeza y algo más» al simpático «Don Pío», canoso y barrigudo ya, les habrán llovido estos días solicitudes femeninas... A su periódico tan conocido, le han hecho un servicio enorme: el de hacerle llegar á las pocas casas que no llegara... ¡Enhorabuena!



EPIGRAMA

La simpática Gregoria,
nieta de un grande de España,
su actual situación engaña
con su rancia ejecutoria.

Del abuelo, triunfador
en aquellos tiempos buenos
que han venido tan á menos,
conserva algo de valor.

Y aunque ya nadie se ocupa
de cosas que han caducado,
ella guarda con cuidado
los calzones y la chupa.

M. del Todo y Herrero.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBRAJO

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL 6 MADRID

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.